

Paisajes lingüísticos latinoamericanos: razones a favor, en contra y un montón de artículos



Juan Eduardo Bonnin

Centro de Estudios del Lenguaje en Sociedad - CONICET - Universidad Nacional de San Martín, Argentina
jebonnin@conicet.gov.ar

Virginia Unamuno

Centro de Estudios del Lenguaje en Sociedad, CONICET - Universidad Nacional de San Martín, Argentina
vir.unamuno@gmail.com

El paisaje lingüístico está de moda. Con sus propias siglas, sus autores más o menos consagrados, congresos internacionales y hasta una revista (*Linguistic Landscape. An international journal*, editada por John Benjamins), es un campo emergente que se expone a riesgos bien conocidos (Pavlenko 2018): la esloganización, el *branding* académico, el vaciamiento empírico de las investigaciones y la adopción acrítica de ideas más o menos en boga que reproducen una distribución desigual del poder teórico en la academia global contemporánea.

Es un campo reciente y dinámico, al que por momentos parece faltar, y por momentos sobrar, teoría, cuyo objeto oscila entre el empirismo y el teoricismo exagerados (cfr. Sebba, 2010); a veces enamorado de la alteridad y el exotismo, a veces formalista y concentrado en la isotopía regular de los espacios públicos; que por momentos aboga por la etnografía y por momentos realiza un registro fotográfico superficial de la escritura dispersa y visible. En un punto, los estudios de paisaje lingüístico corren el riesgo de realizar un gesto neosaussureano: el de abstraer el componente “puramente” lingüístico de la escritura presente en un entorno semiótico “heteróclito y multiforme”. Volvemos así a una óptica sociolingüística distribucionista (cfr. Rampton 1998) que ve a la comunidad como un territorio empírico que evidencia, de manera más o menos transparente, la distribución de lenguas y variedades entre quienes la componen.

Lecturas de una metáfora

Aunque los estudios de paisaje lingüístico por lo general se concentran en describir la diversidad de lenguas en el espacio público, no necesariamente es ese su único objetivo ni lo que mejor hacen. Por el contrario, la

metáfora del paisaje puede evocar tanto los contrastes —el acantilado, las montañas— como la homogeneidad: la estepa, el horizonte marino. Los estudios sobre diversidad lingüística se posicionan, con frecuencia, en el primer lugar. Muchas veces, en cambio, la presencia de las lenguas en el paisaje lingüístico se produce en la integración semiótica a una isotopía más o menos indiferenciada. Las lenguas se vuelven, así, parte del paisaje.

Por otra parte, la idea de las “lenguas en forma escrita” también es excesivamente simplificadora. En primer lugar, porque están presentes en el paisaje sin ser escritas: las escuchamos, se integran y resemiotizan el entorno en el que se producen. Asimismo, porque la escritura no es simplemente una trasposición gráfica de sonidos, sino que se desarrolla en múltiples modos semióticos simultáneos. En tercer lugar, porque excluye a las lenguas, variedades y repertorios que no se escriben pero dejan otro tipo de marcas gráficas y semióticas en el entorno.

Las lenguas, definidas en un sentido más o menos tradicional de sistemas verbales constituidos históricamente y reconocidos socialmente, no agotan los lenguajes presentes en un espacio semiótico, ni tampoco constituyen un código homogéneo e igual a sí mismo, sino que distintas variedades pueden convivir, notoriamente, en un mismo contexto. En este sentido, lo lingüístico forma una parte —aunque fundamental— del acceso a derechos: en el marco de nuestra trayectoria biográfica y social, adquirimos competencias comunicativas ligadas no sólo a las lenguas y sus contextos (Gumperz, 1982) sino también competencias culturales más amplias que se desarrollan durante la práctica de actividades que las requieren. Este proceso de desarrollo de competencias culturales (que Blommaert, 2010 llama “enskillment”) permite producir sentido a través de gestos, ropas, movimientos; de nuestro desenvolvimiento en el espacio. Se trata de un “cuerpo histórico” (Scollon y Wong Scollon, 2004) conformado por procesos sociales, la trayectoria comunicativa y la propia biografía del individuo, que condensa experiencias, conocimiento, maneras de hablar, pensar y actuar (Bonnin, 2019).

Estos individuos, que son al mismo tiempo sujetos biográficos y sujetos sociales, transitan y dan forma al paisaje lingüístico, que así se vuelve el reverso de una realidad más profunda y compleja; sugiriendo más que diciendo; señalando más que mostrando. Para la investigación, requiere de curiosidad metodológica: es una invitación detectivesca a seguir las huellas de procesos, diálogos, actores, acciones y conflictos que ocurrieron, que se desarrollan en la actualidad, o incluso que pueden tener lugar en el futuro.

De aquí surgen discusiones y derivas metodológicas que son fundamentales y se abordan, de distinto modo, en los artículos que integran este número. En primer lugar, el estudio del paisaje lingüístico permite establecer límites empíricos a las conclusiones, a veces exageradas, de las investigaciones sobre política lingüística que se basan exclusivamente en textos legales y jurídicos. El estudio de Bengoechea es elocuente en este sentido. En segundo lugar, permite integrar oralidad y escritura en un *continuum* semiótico en el que dialogan datos heterogéneos desde el punto de vista material, aunque convergentes en los procesos y las situaciones estudiadas. El trabajo de Vilar, que complementa las lenguas leídas con las oídas en un hospital público, participa de este cuestionamiento.

Pero también, tal y como argumentan tanto Córdova y Yataco, al igual que Sartori en sus trabajos de este dossier, el paisaje lingüístico puede invitar

a revisar supuestos importantes del estudio de la señalética, como los que asocian la elección de la lengua con el destinatario de cierto “mensaje” o, incluso, con la identidad lingüística del emisor. Una constante que atraviesa las contribuciones de este dossier temático es la diversidad de actores que, con agendas e intereses divergentes, operan sobre la lengua y su funcionamiento semiótico en el espacio público.

En suma: los trabajos que forman parte del dossier que presentamos muestran diversos modos de “usar” datos del paisaje lingüístico y distintas maneras de ponerlos en relación con otro tipo de datos para analizar fenómenos variados. Esta gran variedad de temas y enfoques ofrece, creemos, una panorámica sobre modos de articulación metodológica que puede ser relevante para comprender el potencial de los estudios de paisaje lingüístico en proyectos que los trascienden. Pero también, creemos, pueden ofrecer un recorrido sobre temas de la sociolingüística latinoamericana contemporánea, desde un enfoque o lente que en nuestro contexto es novedoso.

¿Por qué ahora?

¿Por qué los estudios sobre paisaje lingüístico, que cuentan ya con una trayectoria de veinte años, son tan escasos y recientes en América Latina? Podríamos pensar diversas razones, algunas de las cuales ponemos en discusión a continuación.

En primer lugar, persiste hasta el día de hoy, incluso en algunos sectores del campo de la lingüística argentina, una ideología del monolingüismo. La consolidación del estado moderno en América Latina, como en otras regiones occidentales a comienzos del siglo XX, se produjo en torno a la ecuación entre territorio, estado, lengua, etnia y ciudadanía. Hasta hace poco tiempo, y con breves períodos de excepción, las diferentes acciones políticas sobre lenguaje (especialmente a través del sistema educativo) se basaron y aún se basan en muchos casos en el ideario del español monolingüe. Las discusiones en torno al lenguaje y gran parte de la investigación lingüística y sociolingüística se orientaron a la descripción de fenómenos que pudieran mostrar la particularidad del habla y acompañar, de algún modo, los procesos de independencia, justificando una identidad sociolingüística propia. Así, el centro de discusión no estaba en qué lenguas hablamos, sino en cómo “nuestro” español se vincula o se diferencia del de España. Las otras lenguas, preexistentes a los estados nacionales, así como las que hablaban quienes llegaron a América Latina con la esclavitud y las migraciones internacionales que acompañaron los proyectos nacionales americanos fueron, como se ha analizado en numerosas ocasiones, reprimidas, marginadas y ocultadas de los espacios y discursos públicos (Ballena y Unamuno, 2018).

En tal sentido, como señalan Cordova y Yataco en este volumen, hasta hace poco las políticas orientadas a la expansión del monolingüismo y a su consolidación como práctica política postcolonial fueron la regla en América Latina. Sin embargo, recientemente puede verse la puesta en práctica de otros tipos de política del lenguaje que se orientan a un multilingüismo de lo público. Como consecuencia, aparecen retratados viejos hablantes que ahora “hablan” a través de otros recursos. Estos cambios recientes, creemos, van de la mano un cambio en los discursos respecto a las lenguas. La emergencia de nuevos discursos que las valoran en tanto

que recursos patrimoniales y gestos culturales no implica reconocimiento de sus hablantes y sus derechos. Por el contrario, quedan muchas veces expropiados de unas lenguas y unas tierras que fueron revaluadas como recursos económicos o turísticos. Esto es lo que sucede en los comercios, servicios o productos con nombres mapuches en Patagonia, o en los carteles bilingües que señalan las rutas turísticas, por ejemplo, en la provincia argentina de Chaco.

Por otra parte, la agenda sociolingüística europea y norteamericana está especialmente vinculada a una realidad política, económica y demográfica de una integración regional bastante consolidada. El surgimiento de los estudios de paisaje lingüístico en estos países fue consecuencia de movimientos migratorios más intensos y heterogéneos, al punto de configurar una realidad “superdiversa” que, para Vertovec (2017), llega incluso a superar el problema de la etnicidad. En nuestros países, la situación es muy diferente: por una parte, la racialización de las identidades configura relaciones sociales excluyentes. Por otra parte, la vinculación entre lengua y territorio cambia de sentido, pero no de fuerza: los “hablantes desterritorializados” (Jacquemet 2005) se siguen definiendo por el territorio perdido, y la significación de la lengua sigue estando vinculada con las comunidades de origen, tanto de manera simbólica (en el activismo lingüístico) como material, en viajes, mudanzas y protestas. En cambio, la terminología contemporánea europea y norteamericana que forma el léxico de los estudios sobre paisaje lingüístico resulta muchas veces inadecuada, forzada para una aplicación directa a los contornos que la diversidad adquiere en el espacio público del cono sur de América Latina, en el que predominan las hablas mezcladas, las huellas de contacto, las situaciones de desigualdad intra-lingüística (en el contacto entre variedades desigualmente valoradas), etc.

Quizás por estos motivos —y otros, que se nos escapan— los artículos recibidos no representan la diversidad de realidades latinoamericanas que esperábamos. Por el contrario, el predominio de trabajos argentinos, y específicamente porteños, muestra que falta mucho por hacer y discutir en este campo.

Los artículos que forman este volumen

Los artículos que forman parte de este volumen han respondido a la invitación de pensar críticamente la noción de paisaje lingüístico en el contexto latinoamericano. El primero de ellos, de Adil Moustouai, va más allá, para proponer un recorrido histórico sobre el concepto de Paisaje Lingüístico y un análisis de sus potencialidades y límites para la investigación sociolingüística, con especial énfasis en contextos de minorización. Nos pareció oportuno incluir este texto en el volumen porque introduce muchas de las cuestiones que los trabajos siguientes retoman y revisan a partir del análisis de contextos empíricos particulares.

Así, Florencia Sartori presenta el análisis de una serie de fotografías tomadas en el Barrio Chino de Buenos Aires para, a partir de ellas, hacer un análisis de los diferentes iniciativas glotopolíticas que se cruzan en el caso de la presencia pública de la escritura china. En su análisis, muestra los modos en que las diferentes etapas migratorias van dejando huella en los carteles del barrio y en los modos en que la ciudad va interviniendo para “producir” el barrio Chino en tanto que espacio turístico y comercial.

En la misma ciudad, Natalia Bengoechea presenta un recorrido por los barrios de Flores y Balvanera en el cual las lenguas presentes en forma escrita en diferentes dispositivos y espacios dejan entrever las relaciones y tensiones entre la la lengua nacional, la de las comunidades migratorias y las lenguas extranjeras. Su trabajo contribuye a discutir críticamente el alcance efectivo de la legislación político-lingüística en la regulación de las prácticas efectivamente adoptadas.

Por su parte, Milagros Vilar presenta un estudio de caso en el cual analiza el rol de las lenguas y los lenguajes en un hospital público de la ciudad de Buenos Aires, atendiendo a los diferentes actores que participan en la construcción de su paisaje lingüístico, y mostrando la relevancia de considerar en el análisis del mismo también las variedades, lectos y estilos. El trabajo incluye, de manera original, la triangulación del análisis de entrevistas y cartelería para oír las lenguas que, desde una mirada exterior, son invisibles.

Por último, Lorena Córdova y Miryam Yataco retoman la propuesta de Hall sobre el paisaje lingüístico como un sistema de representación tanto de las políticas lingüísticas y las regulaciones culturales, como de patrones de consumo o acciones de reivindicación etnolingüísticas. Desde ese punto de vista, proponen un análisis del caso de las lenguas indígenas en México, atendiendo tanto a acciones gubernamentales como a iniciativas de la sociedad civil.

Bibliografía

- » Ballena, Camilo y Virginia Unamuno. 2018. "Challenge from the margins: new uses and meanings of written practices in Wichi". *AILA Review*, 30: 120-2143.
- » Blommaert, Jan. 2010. *The sociolinguistics of globalization*. Cambridge: Cambridge University Press.
- » Bonnin, Juan E. 2019. *Discourse and mental health. Voice, inequality and resistance in medical settings*. Londres: Routledge.
- » Gumperz, John. 1982. *Discourse Strategies*. Cambridge: Cambridge University Press.
- » Jacquemet, Marco. 2005. "Transidiomatic practices: Language and power in the age of globalization". *Language & Communication*, 25 (2005): 257-277.
- » Pavlenko, Aneta. 2018. "Superdiversity and why it isn't: Reflections on terminological innovation and academic branding". En *Sloganization in Language Education Discourse. Conceptual Thinking in the Age of Academic Marketization*. Barbara Schmenk, Stephan Breidbach y Lutz Küster (Eds.), 142-168. Clevedon: Multilingual Matters.
- » Rampton, Ben. 2009. "Speech community and beyond". En *The New Sociolinguistics Reader*. Nikolas Coupland y Adam Jaworski (Eds.), 694-713. Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- » Scollon, Ron y Suzie Wong Scollon 2004. *Nexus Analysis. Discourse and the Emerging Internet*. Londres: Routledge.
- » Sebba, Mark. 2010. *Linguistics landscapes: a comparative study of urban multilingualism in Tokyo*. Clevedon: Multilingual Matters.
- » Vertovec, Paul. 2017. Talking around super-diversity. *Ethnic and Racial Studies*, 42 (1), 125-139.